

ala delta

Jorge WERFFELI

# RINO, ECOLOGISTA



Todas las noches, después de acostarse, Rino se introduce en el maravilloso mundo de los sueños para vivir las más fantásticas aventuras. Un día decide convertirse en el primer rinoceronte ecologista. Se siente muy feliz hasta que alguien pone en funcionamiento una «negra» fábrica.

Jorge Werffeli es conocido, ante todo, por sus ilustraciones, pero a veces cambia el pincel por la pluma para contarnos historias llenas de fantasía y ternura.

## Índice de contenido

Cubierta

Rino, ecologista

1. El mundo de los sueños
2. Las flores gigantes
3. El Ladrón de Colores
4. La imaginación de un niño
5. Epílogo

# 1. El mundo de los sueños

Rino era un rinoceronte  
que solía dar largos paseos  
por el mundo de los sueños.

Cada noche, mientras Rino dormía,  
iba abriendo una por una las distintas  
puertecitas de ese mundo maravilloso,  
donde vivía las aventuras más fantásticas  
que os podáis imaginar.

Durante un sueño que tuvo  
en una cálida y tranquila  
noche de verano,  
abrió la puertecita que escondía  
los secretos del Bosque Encantando.

Atraído por una brillante luz  
multicolor, entró lleno de curiosidad  
sin pensárselo dos veces.

Rino quedó fascinado:  
cientos de mariposas con sus alas  
cubiertas de números y letras  
al volar dejaban el cielo  
cubierto de versos y poemas.  
Los árboles con su follaje,  
formado por rayas y lunares  
de brillantes colores,  
iluminaban el paisaje.

Un Sol con gafas de sol  
y sombrero de sol  
lo miraba con simpatía.

A sus pies, un largo y profundo  
camino se perdía en la distancia,  
bordeado de frutos y hortalizas  
enormes, capaces de sorprender  
al más experimentado cocinero.

—¡Hola, majo! —oyó de pronto.



Sobresaltado, Rino se volvió tratando de descubrir al dueño de tan poderoso vozarrón.

No podía creerse que quien lo había saludado era una casa.

Extraña casa,

que tenía ventanas por ojos,  
una nariz roja,  
y por puerta una gran boca  
que le sonreía amablemente.

—¡Anda ya! —dijo Rino—.

Es la primera vez que veo  
una casa que habla.

—No sé por qué te asombras,  
si esto es un sueño, y éste  
es el Bosque Encantado  
—respondió la casa con gran seguridad.

—Tienes razón —pensó  
en voz alta—. ¡Pero ahora veo  
que también tienes pies!

—¿Sabes qué pasa? —explicó  
la casa—. Estoy aburrida de vivir siempre  
en el mismo lugar del bosque,  
por eso cada día voy andando  
un poco y cambiando de lugar;  
suelo dejar una nota para  
que por la noche me encuentren.

—¡Menudo enfado el de tus dueños! —comentó Rino—. ¡Pero no me líes más!, que aún debo andar y ver todo esto.

Rino se despidió y emprendió el camino que le permitiría recorrer los mil y un rincones del soñado bosque; descubriendo a cada paso nuevas sorpresas que no os contaré, para que vosotros las podáis imaginar y dibujar cuando os apetezca.

Antes de despertarse,  
Rino pudo ver  
cómo a lo lejos  
su casa amiga  
lo despedía soltando por  
su chimenea un bonito arco iris  
(y no humo, por no contaminar).  
Tras un gran estallido  
de colores y de aparecer  
una luz fuerte y blanca,  
Rino abrió sus ojos  
para regresar a la realidad.



## 2. Las flores gigantes

¿Conocéis el País de las Flores  
Gigantes?

Pues se encuentra  
entre el País de las Ilusiones  
y el de los Juguetes Animados.

Y ése sería el próximo destino  
de Rino durante sus sueños  
de esa noche,  
aunque aún no lo sabía.

Mientras se ajustaba  
su gorro de dormir,  
Rino pensó: «Estoy fatigado  
de vivir cada noche  
varias experiencias distintas.

Mi próxima visita será  
por un mismo sueño».

—Así no hay quién aguante  
semejante trajín —balbuceó  
mientras sus párpados de rinoceronte  
se cerraban vencidos  
por el cansancio;  
y es que Rino dormía,  
pero no descansaba.

Un dulce y agradable  
aroma recibió a Rino,  
tras cerrar la puertecita  
con dos vueltas de llave.

Rino se preparó para vivir  
una larga y emocionante aventura  
en el nuevo país desconocido.



Guiándose por su olfato,  
siguió la pista que marcaba  
el perfume.

A medida que Rino avanzaba,  
el aroma se hacía más intenso y fuerte.

Tras subir una pequeña cuesta,  
pudo ver cómo cientos

de flores gigantes le daban  
la bienvenida, aplaudiéndole  
con sus enormes hojas.

—¿Sabes que eres  
un rinoceronte muy guapo?  
—le dijo una flor descarada.

Tratando de esconder  
el rubor que pintaban sus mofletes  
(ya que era un rinoceronte muy tímido),  
y fingiendo cierta seguridad,  
Rino preguntó:

